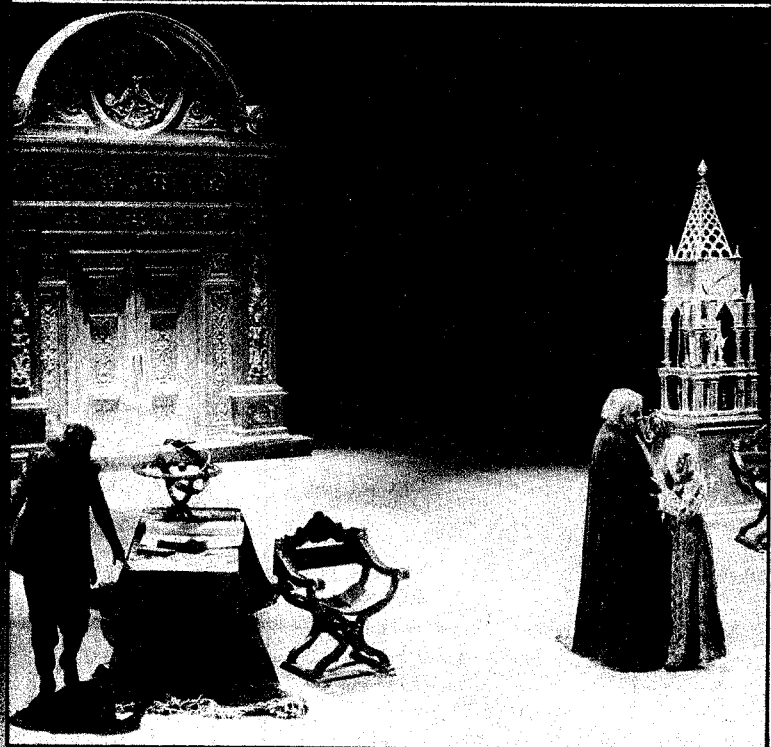
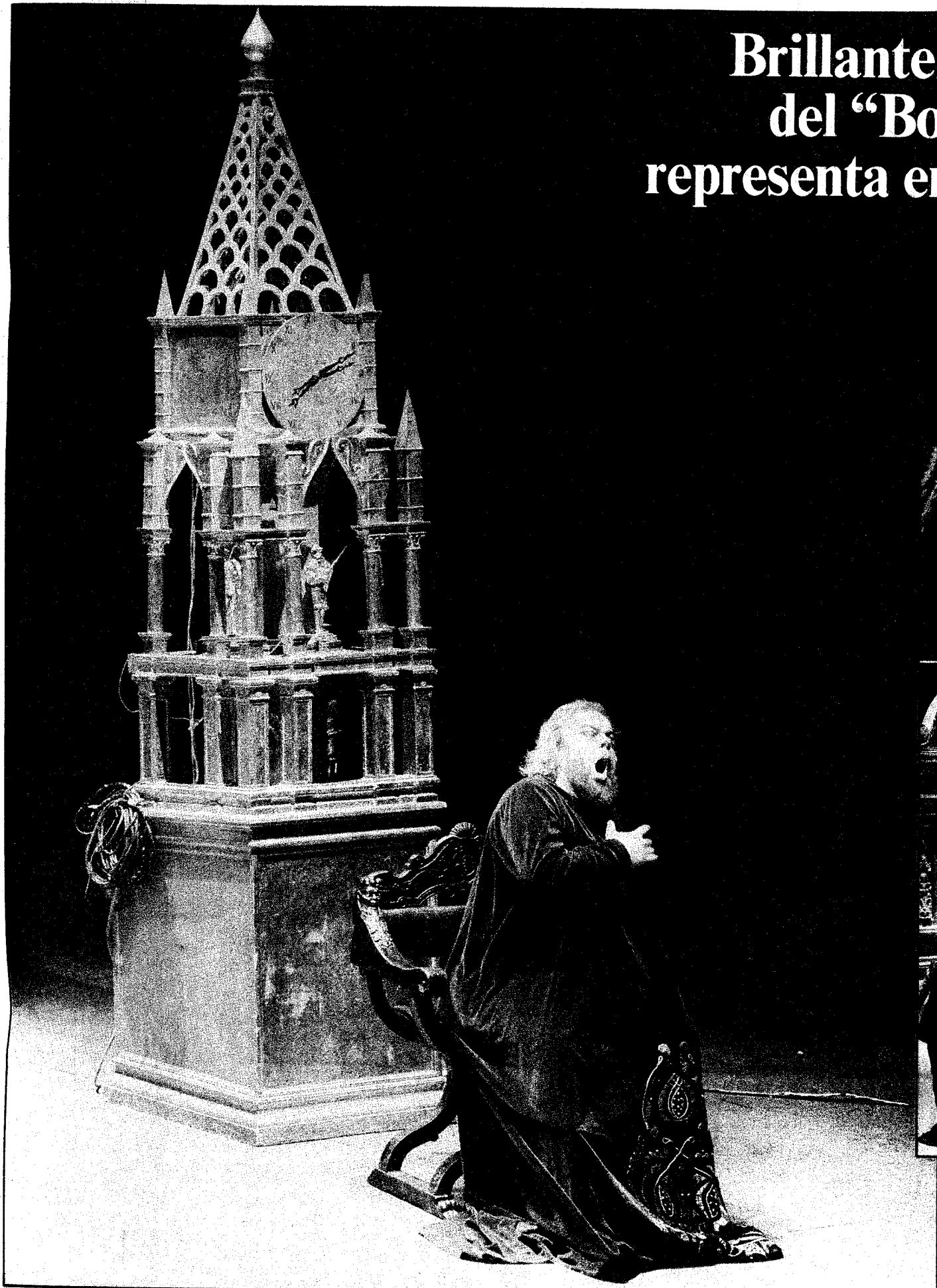


# Brillantez escénica y musical del "Boris Godunov" que se representa en el Teatre del Liceu



La producción de Faggioni está en plena concordancia con la versión original de 1874. De la representación del pasado sábado es de destacar la excelente interpretación que el bajo Matti Salminen —fotos de la izquierda y superior— hizo de Boris Godunov, así como la buena fonética del idioma ruso, tanto por parte de los principales cantantes como también de los coros

Si no estoy equivocado, la producción de Boris Godunov que presenta el Liceu es la que realizó Piero Faggioni para el teatro La Fenice de Venecia en la temporada 1971-72, con el bajo Ruggero Raimondi en el papel principal —que cantaba por primera vez—, traducido al italiano por el propio Faggioni y el maestro Jerzy Semkov, quien poco tiempo después dirigiría la primera grabación discográfica de la versión original de Moussorgsky, interpretada por el cantante finlandés Martti Talvela. No deja de ser curioso que esta escenografía, quizás única entonces para el Boris original, sirviera para una representación en italiano, con lo que una vez más se mutilaba, aunque de distinta manera, la grandeza de la obra de Moussorgsky. Si las revisiones de Rismky-Korsakov no han dejado durante muchos años que la partitura de Boris Godunov sonara como fue compuesta, cuando se decidió restituir la orquestación propia, se cambió el sonido de las palabras, con lo que tampoco sonó el Boris auténtico.

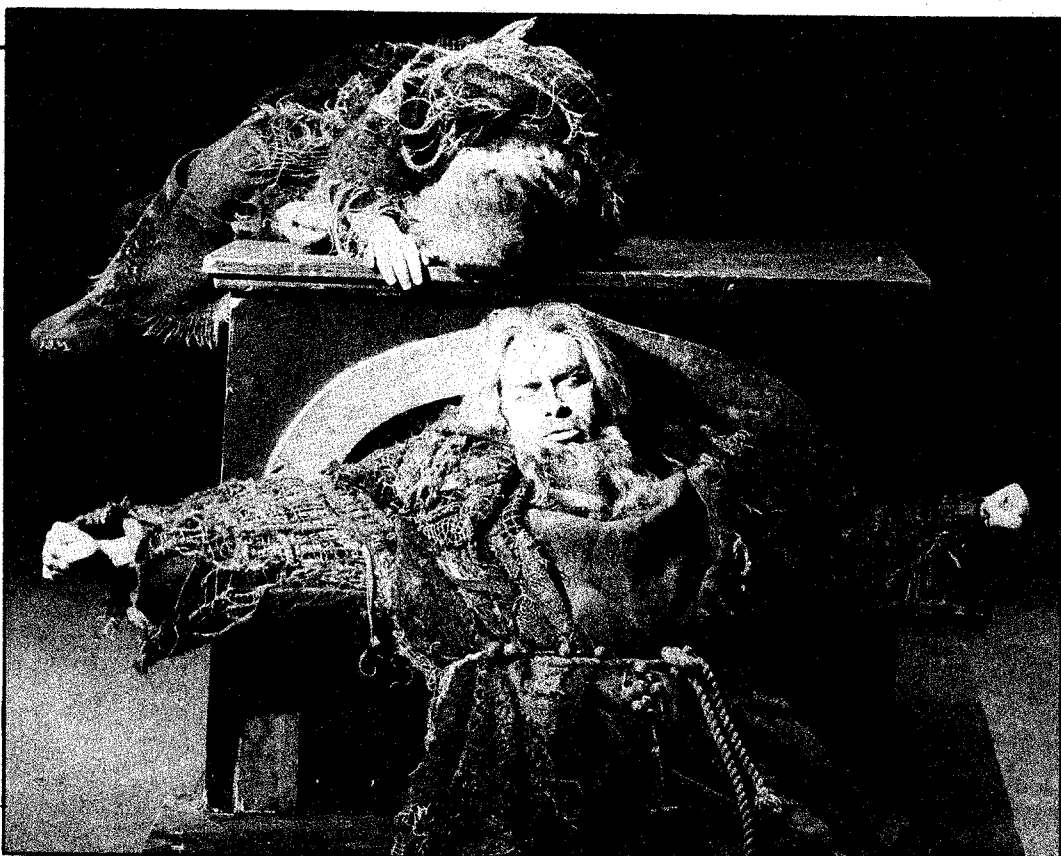
## El espíritu de Boris

Afortunadamente las cosas han sido coherentes en el Liceu y la producción de Faggioni está en concordancia con la versión original de 1874 y, naturalmente, con la fonética del idioma ruso, en el que cantan no sólo los principales intérpretes, sino también los coros, incluido el de niños. He querido hacer hincapié en estos aspectos porque la concepción

escénica de Faggioni se relaciona directamente con la historia triste de un zar angustiado por el sentimiento de la culpabilidad, que sufre los remordimientos de su conciencia acusadora desde el momento de una coronación llena de presentimientos trágicos que en el transcurso de la obra se desarrollarán en un clima sórdido, rudo y misterioso que emana de la orquesta principalmente. Faggioni consigue que el espíritu de Boris esté presente en toda la representación, sin olvidar que la ópera de Moussorgsky es también la crónica de un pueblo subyugado, elevado por el compositor a la condición de gran protagonista. La escena se sitúa en un ambiente cerrado, asfixiante, dramáticamente tenso, en el que los esquemas juegan un importante papel de símbolos y en el que la psicología de los personajes se evidencia estudiada en profundidad y planteada en un cuidadoso, sugerente contraste de luces y sombras.

## Excelente interpretación

Quizá no exista en todo el repertorio operístico un personaje protagonista que esté en escena menos tiempo que Boris Godunov. Probablemente treinta minutos en toda la representación, y, sin embargo, encontraríamos pocas figuras con tanta presencia imaginada. La verdad es que muy pocas veces llegamos a olvidar el zar de Matti Salminen en la interpretación del sábado, sin que su versión llegue a ser todavía absolutamente convincente.



“La ópera de Moussorgsky es también la crónica de un pueblo subyugado, elevado por el compositor a la condición de gran protagonista”

La voz, importante, con calidad, y el brillo en el agudo suficiente para confirmar la teoría de que Boris no tiene una vocalidad rigurosamente de bajo, se adapta bien a la tesitura dramáticamente baritonal o de bajo-cantante, con la cualidad de ser plegable a las múltiples inflexiones matizadoras que la complejidad del personaje exige. Matti Salminen ha hecho un meticuloso estudio de

los estados de ánimo del zar, vive intensamente su drama y lo expresa con sinceridad, pero la íntima vivencia del personaje es menos auténtica en el segundo acto, cuando el remordimiento le lleva a la alucinación. Su furor, sus gritos y su acción escénica parecen quedar fuera de un verdadero sentimiento humano y se encuadran mejor en un gesto de amplia y algo gratuita teatrali-

dad. Si Salminen consigue dominar esta escena será un magnífico Boris. Lo tiene todo a su favor.

Por el mismo motivo que sin Yago no habría Otello, no existiría Boris sin Shuriski. Papel, pues, difícil de cantar y de representar, pero muy fácil para Sven Olof Eliason, un auténtico actor de la voz, capaz de mil modulaciones engañosas para tortura del zar. La aparente simplicidad de

su trabajo y su concepción del personaje son realmente penetrantes. La bella voz de Paul Plishka y su serena dicción dieron una gran categoría a Pimen, como tuvo excelente dimensión el Varlaam del bajo Dimiter Petkov, admirable por la ausencia de exageraciones. Hubo sólo discreción y alguna aspereza en la voz del tenor Peter Lindroos, que no dio al acto polaco el relieve que, por otra parte, sí consiguió otorgarle la buena y amplia voz de Ruza Baldani. No quisiera olvidarme de Kimmo Lappalainen, conmovedor en su representación y manera misteriosa de cantar el papel del idiota. En el resto del largo reparto se manifestó un elevado nivel de calidad que equilibra la belleza de este espectáculo, al que la intervención del coro liceísta presta una categoría de excepción. Con una actuación sensacional escénica y vocalmente, supo ser en propiedad el pueblo protagonista. También un merecido aplauso para el coro de niños de la Escola Pia Balmes.

Solamente con recordar los bellos matices de color que el maestro Woldemar Nelsson supo transmitir a la orquesta en la arenga del personaje Schelkalov —por cierto, qué bella voz en el bajo Walton Groenroos— bastaría para encomiar la sensible, musical, imaginativa y noblemente dramática dirección de este concertador que llevó la interpretación con autoridad incontestable.

JOAN ARNAU